



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIV

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 12677

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Peninsula.—Un mes, 2 pias.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses 11'25 id.—La suscripción se continúa desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

Redacción y Administración, Mayor 24

MIÉRCOLES 10 DE FEBRERO DE 1904

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Camartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

Se acerca el plazo

A medida que transcurre el tiempo va acortándose el plazo para Semana Santa.

El Carnaval se encuentra ya a la puerta. Un poco más y estaremos en la época del rezo y del ayuno.

Y no se diga nada de lo que tanto importa. Cada día esperamos que llegue hasta nosotros la noticia de que se hace algo para las procesiones y cada noche se lleva una esperanza. Porque si los marrajos salen de su quietud ni los que deberían empujarlos para imprimirles movimiento, se ocupan de semejante cosa. No parece sino que esos últimos no interesan nada y que les da lo mismo que en Semana Santa se quede la población vacía como hueco de forasteros.

Si la experiencia no nos enseña que eso no es verdad, daríamos de mano a la campaña que hemos emprendido; pero sabemos que la quietud de los marrajos no será abandonada hasta que se quite el miserere en Santo Domingo y que el comercio y la industria no harán ofrecimientos hasta que directamente se les pida alguna contribución y de ahí nuestra insistencia para que se dé al anciano esa mala costumbre que impide un año y otro año que se acuerde con tiempo de hacer las procesiones.

Pero hay que confiar que esto que hacemos es campaña sin fruto. Todos los años la emprendemos y todos los años sacamos lo mismo: desengaños y pérdidas de tiempo, porque esa mala costumbre a que hemos hecho referencia, está tan arraigada que no la desarraigaria ni siquiera un ciclón.

Indudablemente lo que hace falta es que haya entre los marrajos alguien que haga lo que ha hecho ya grey californiana: hacer una parada en firme, recaudar dinero y prepararse para nuevas exhibiciones con todo el lucimiento posible.

Pero no hay al parecer quien tome sobre sí este trabajo y en tanto que aparece—que ya aparecerá algún día, cuando retengan pasados entusiasmos hoy perdidos—aspiramos y aspiraremos siempre, en bien de la ciudad, a que no se pierda la costumbre de hacer las procesiones de Semana Santa.

Y no hay duda de que se perderá si los interesados en que no se quede la población vacía la Semana Santa, no destierran la mala costumbre de esperar a que les pidan ayuda en lugar de ofrecerla.

TIJERETAZOS

El correspondiente de un periódico ruso dice que existe un trabajo misterioso en el campo de batalla al Japón en la terrible aventura de la guerra.

Vamos, M. al japonés que espera sacar algo cuando se revuelvan las aguas del río.

El señor M. yankee. Como aspiran a monopolizar el comercio en el Extremo Oriente.

Aplican el pato a los que dicen lugar a que la Unión Americana quiere hacer a nuestra costa.

A aquellos polvos traza ahora estos lodos, se desfiló el día de los yanquis por mejorar la obra a todo el mundo.

La escuela de Setares había decretado que era suficiente un sueldo de seis horas.

En las formidables tribus, comprometiéndose a no dormir más que cuatro horas.

Y se han comprometido además a hacer propaganda para que nadie escriba más tiempo.

Hombres hay acostumbrados al metere en lo que no les importa; pero en eso terreno los yanquis sobre todo.

Leemos: «En una pequeña aldea, vecina de Pavia, un joven aldeano, enfermo de epilepsia, había ensayado todos los remedios médicos,

sin encontrar alivio. Desesperado, se dirigió a una curandera, cuyo renombre es grande en todo el país.

Como era natural, la hechicera respondió de todo, y después de la indispensable escena de estorismo, fue dada la receta siguiente:

Es necesario—dijo—que vayas al cementerio y desenterrando un cadáver de ocho días, le cortarás un pedazo de carne, con el que has de conseguir la curación.

El aldeano sobornó a un sepulturero, cumpliendo exactamente lo que le recomendó la curandera. A los pocos días cayó muy enfermo, confesando al médico que, a su vez, lo puso en conocimiento del juez.

El enfermo no se curará; pero el por la profanación lo envían a presidio habiendo ganado que lo salten de balde y lo alimenten sin que le cueste un perro.

Algo es algo.

LA GUERRA

El conflicto ruso-japonés no interesa gran cosa en España.

Habiendo con entera sinceridad, puede afirmarse que la causa original de nuestra actual alianza con las cuestiones internacionales, sobre todo en lo referente a algunas distancias de nuestro territorio, está en la falta de cultura del pueblo español. En sus trilladas verdades, sabemos que de todo; pero de Geografía sabemos menos aún, casi nada.

Los modernos estudios geográficos, tan sencillos, tan sencillos y tan aplicables a la industria y al comercio, tienen en España muy pocos cultivadores. Se enseñan brevísimas lecciones de Geografía en los secundarios, y aun así, a poca profundidad.

En el primer estudio habilitado, y repetidos así, que del mismo modo que todos los muchachos de la clase media estudian latín en el Instituto, y son contados los españoles que saben medianamente traducirlo, aun contados también los que tienen conceptos claros y amplios de geografía política y de geografía comercial.

En el abandono de este estudio pudiera hallarse una de las más poderosas causas de nuestra torpeza colonizadora y de la ineficacia de nuestra emigración, lanzada al azar en busca de otras tierras que no se sabe cómo son.

También está aquí el origen de la aver-

sión que tenemos a la convivencia internacional.

Como hemos de querer tener relaciones con los países que no conocemos?

El hecho es tan exacto, que en nuestros mismos días no hay publicado en España ningún tratado de Geografía comercial.

Así, será necesario que en la guerra ruso-japonesa ocurran sucesos épicos y haya muchos muertos y acontezcan verdaderas hecatombes para que la curiosidad pública siga atentamente las operaciones en Corea.

Pero esta guerra, que aparentemente nada puede importarnos, sobre todo no siendo ya español el archipiélago filipino, ocasionará una honda perturbación económica en el mundo.

Por breve que la lucha sea, producirá, como primera consecuencia, el encarecimiento del carbón.

No produce España combustible suficiente para cubrir las necesidades de la industria nacional, y aunque la producción, lo sacamos de tal modo el excesivo precio de los transportes, que seguirá inmediatamente en alza al alza que en los mercados extranjeros se inicie.

Y esta carestía, más que posible, segura, será un golpe mortal para nuestra marina mercante y para nuestra industria algodonera, que atraviesan ahora crisis ya bastante graves.

Es digno de admiración la habilidad diplomática que Rusia ha desplegado formando al Japón a propiciar el mismo un momento justo en que puede jugar su porvenir, que parecía solidamente asegurado, y por esto mismo la lucha tendrá interés secundario para que todos los estadistas sigan atentamente todas sus incidencias, pero para España el mayor interés de esta contienda estará en las perturbaciones económicas que pueda producir y el Gobierno debe buscar rápidamente los medios de contrarrestar estos daños que nos aguardan.

Comandita de falsos mendigos

En las inmediaciones de la plaza Maupert (París) en las estrechas callejuelas del barrio de la Soboria, vivían una multitud de mendigos, constituidos en Sociedad comanditaria.

La Fortuna—tal era el irónico título de

la flamante Sociedad de los pobres del Barrio Latino—tenía por presidente y director de las operaciones a un hombre muy listo e instruido, a quien el vino y otros placeres habían condenado a perpetua miseria.

En distribución del trabajo le daba el director todas las tareas a los adheridos durante la reunión que se celebraba.

Los pobres de aspecto más decente y mejor trajeados se distribuían por el barrio de los Campos Eliseos y del Parque Monceau.

Otros, los de tipo marcial, con grandes bigotes y blancas barbas, recibían la misión de ir a pedir socorros a las casas de personajes políticos, generales retirados, etcétera.

Los viejos, inútiles, mutilados ó enfermos, operaban por los alrededores del barrio de Saint Germain, donde habita el mundo clerical.

Por la noche los socios se reunían en el domicilio social, en un «bar» de la calle Saint Jacques, propiedad del secretario de la Asociación.

Y allí el presidente recogía los fondos y procedía a una equitativa distribución. Las cantidades repartidas variaban según las declaraciones dadas ante el estafario de policía por uno de los mendigos—entre 25 y 30 francos por semana. Es decir, el sueldo era insignificante en Francia.

Los nombres de las personas visitadas durante el día eran cuidadosamente registrados en un libro especial, y al margen anotábanse la cantidad donada.

Los hombres más ilustrados de la tal Asociación tenían la misión de escribir las cartas sentimentales que debían ablandar el corazón de las personas generosas.

Entre las que la policía ha descubierto, las hay verdaderamente conmovedoras, y en ellas se describe, en estilo hiperbólico, los sufrimientos y las penas de los desheredados de la fortuna.

La que ha servido de pauta a la policía para descubrir esta corte de los milagros, está dirigida a la baronesa M... y la firma médicamente vinda Garel.

En realidad, la vida no existe, y si un tal Barthet, de sesenta y seis años, que el pobre no ha sufrido más que veinte condenas por hechos análogos.

Según sus declaraciones, este sistema le producía rentas muy apreciables.

Dice que ha tenido días de recibir hasta 200 francos; si bien es cierto que este caso

LOS BANDIDOS INDIOS

239

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 240

conductor, el elefante se baja para que el cazador pueda subir en este howbad por medio de una pequeña escalera que se suspende en seguida a la espalda del animal.

—¡Oste, hasta sea, hasta! grita el conductor al elefante en cuanto se ha cerrado el howbad.

El colosal cuadrúpedo se endereza entopete por un poderoso esfuerzo imprimiendo a sus jinetes una sacudida análoga a la que se recibe en un baque que se valansea con violencia; después en marcha con un paso tan rápido que dá sacudidas como el trote de un caballo, caminándose unas dos leguas por hora con esta incómoda andadura.

Sentado sobre un pequeño tapiz colocado sobre el cuello del elefante y con las piernas pendientes tras de las grandes orejas del gigantesco animal, el conductor le dirige con la voz ó bien con una pequeña piqueta de hierro ó de cobre que le sitúa en el cuello. Algunos de estos animales tienen dentro las dos orejas una herida que se conserva viva, con el fin de hacer este sitio más sensible al dolor. Las más veces es bastante la voz del domador para dirigir el elefante.

Después del howbad se encoge un pobre diablo de hombre que lleva el para hól y las barabizas del cazador. Su principal objeto consiste en ser devorado en

lugar de este último, en el caso en que el tigre pueda saltar sobre la grupa del elefante. En tiempo ordinario este hombre marcha a pie al lado del animal, con el que entabla conversación, le cuenta historias, le advierte los pasos difíciles, le exhiba a portarse bien y le promete por recompensa de su buena conducta rajas y hojas secas.

Detrás de los elefantes vanian unos cincuenta cipayos una banda de campesinos y treinta ó cuarenta muchachos de los que se portan por la tralla.

En cuanto hubieron llegado al terreno de la caza, a cuatro millas en torno del campamento, se formaron en fila, a fin de explorarlo todo. Mr. Larrey y el cazador de tigre, dirigían la cacería. A la primera señal de presencia de un tigre se daban orden de pegarse sobre el cuerpo del ejército y de tener la vista fija en Mr. Larroya.

Las dos primeras horas se pasaron en pesquisas infructuosas.

Se habló de soltar los perros; Mr. Larroya se opuso.

—Esperemos todavía, dijo; siempre hay tiempo para eso.

En fin, un indio que se había adelantado mucho por la izquierda, llegó falso de aliento y los brazos levantados al aire.